

## LA REFLEXIÓN TRADUCTORA DESDE LA ANTIGÜEDAD ROMANA HASTA EL S. XVIII: UNA PROPUESTA DE INTERPRETACIÓN

This article presents a brief history of the theory of translation from the beginnings of Latin literature up to the 18<sup>th</sup> century. The author's argument is that the Ciceronian distinction between the activity of the *interpres* (translating) and that of the *orator* (paraphrasing) remained virtually unchanged until well-advanced the 18<sup>th</sup> century. Therefore, such an extensive period of time could be called the «arcaic stage of the theory of translation».

Ya han transcurrido casi diez años desde que me acerqué por primera vez a la historia y teoría de la traducción. Lo hice de puntillas y a instancias de J. C. Santoyo, gran especialista de la traducción en todos sus aspectos<sup>1</sup>, quien por entonces albergaba el proyecto de elaborar una antología de textos clásicos, medievales y renacentistas concernientes a la historia de la traducción. El me encargó verter del latín al español algunas páginas de *Noches áticas* de Aulo Gelio, *De interpretatione recta* de L. Bruni, otras cuantas páginas de *De lingua Hellenistica* de C. Salmasio, etc. Cumplí el encargo a la vez que me dediqué a leer varias obras relativas a la teoría e historia de la traducción: de G. Mounin, de V. García Yebra, de J. C. Santoyo, etc.; pero apenas pasé de ahí.

Posteriormente, en 1990, mientras buscaba datos en el Departamento de Filología Latina Medieval de la Universidad de Munich para elaborar un estado de la cuestión sobre el controvertido Herman el Alemán,

<sup>1</sup> Para sus publicaciones hasta 1987, vid. J. C. Santoyo, *Traducción, traducciones, traductores. Ensayo de bibliografía española*, León 1987, 119-123. Y para sus publicaciones hasta 1996, vid. J. C. Santoyo, *Bibliografía de la traducción (en español, catalán gallego y vasco)*, León 1996.

traductor de la Escuela de Toledo, me encontré de repente con las opiniones de R. Bacon sobre la traducción, tan avanzadas que me parecían ensombrecer hasta cierto punto las de L. Bruni. De este modo me vi vivamente inmerso en una cuestión apasionante, pero sobre todo de una importancia capital para la comprensión cultural y literaria de los pueblos<sup>2</sup>. Desde entonces no he dejado de interesarme por la historia de la traducción<sup>3</sup>, que con toda seguridad seguirá ocupando una parcela en mis estudios.

Por razones perfectamente explicables, aquel ambicioso proyecto de J. C. Santoyo se fue demorando. Y ha sido reelaborado de forma que ahora se va a limitar a textos antiguos y medievales<sup>4</sup>, justo en el momento en que acabo de entregar a la imprenta tres trabajos sobre la reflexión traductora en L. Bruni y C. Salmasio<sup>5</sup>, dos humanistas tan distantes en el tiempo, que su interpretación me ha exigido conocer debidamente las etapas intermedias.

Como suele suceder, a lo largo de todos estos años han surgido en mí y después madurado, como fruto de diversas lecturas, algunas opiniones personales sobre la historia de la teoría de la traducción. Quizás parezcan parcialmente subjetivas, y es posible que lo sean; pero, en último término, son el resultado de mis reflexiones sobre un tema que, como otros muchos, me parece que en el Medievo (y en alguna otra época) no está suficientemente estudiado ni definido, por lo que se transita por él como sobre ascuas. En pocas palabras: a mi parecer, desde Cicerón hasta bien avanzado el s. XVIII la teoría de la traducción

<sup>2</sup> Vid. V. García Yebra, *En torno a la traducción. Teoría. Crítica. Historia*, Madrid 1989<sup>2</sup>, 291 ss.

<sup>3</sup> Lo ponen de manifiesto mis dos siguientes trabajos, ya publicados: «Herman el Alemán, traductor de la escuela de Toledo. Estado de la cuestión», *Minerva*, 6 (1992), 269-283; y «Rogerius Bacon, teórico de la traducción», *Estudios Humanísticos. Filología*, 14 (1992), 269-277. Anteriormente había publicado otro trabajo del mismo tenor: «Los primeros documentos cancillerescos castellanos y su dependencia latina», *Fidus interpres* (eds. J. C. Santoyo et alii), León 1987, vol. I, 83-90.

<sup>4</sup> Las etapas posteriores ya están suficientemente atendidas gracias a la reciente obra de Miguel Angel Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid 1994.

<sup>5</sup> Sus títulos son los siguientes: «Leonardo Bruni y su tratado *De interpretatione recta*», trabajo recientemente publicado en *CFC-ELat*, 8 (1995), 193-233; «La traducción literaria según Leonardo Bruni», también publicado ya en *La Recepción de las Artes Clásicas*, Cáceres 1996, 377-384; y «La traducción en el siglo XVII según Salmasio», recientemente entregado para su publicación en las *Actas del II Simposio Internacional sobre Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, celebrado en Alcañiz (2-6/VI/1995).

o, mejor dicho, la reflexión traductora<sup>6</sup> apenas sufrió cambios sustanciales. Pero ya desde ahora debe quedar meridianamente claro que no es mi intención exponer sucintamente en unas pocas páginas lo mismo que F. M. Rener en una reciente monografía<sup>7</sup>. En realidad, mi objetivo es abordar el tema desde otro punto de vista, de forma que los árboles permitan ver el bosque.

Esto es lo que esencialmente trataré de mostrar en las páginas que siguen. En ellas no pretendo abrumar al lector con numerosos datos concretos, más propios de una monografía, sino que éstos se subordinarán al propósito, por más que implique asumir riesgos, de valorar la contribución de cada autor y, sobre todo, de cada etapa a la historia general de la teoría de la traducción.

\* \* \*

La historia de la literatura latina empezó a adquirir cierta entidad con la *Odusia* de Livio Andronico, el primer poema extenso en latín, del que se dice que es una traducción en versos saturnios de la *Odisea* homérica. Pero los escasos fragmentos que se conservan de la *Odusia* no permiten decidir con seguridad si esta obra era una traducción más bien que una adaptación o imitación<sup>8</sup>.

Dejando al margen el poema épico de Livio Andronico, las primeras obras literarias latinas surgieron de la adaptación de comedias griegas, generalmente mediante el empleo del recurso de la *contaminatio*. Este proceder, como después podrá comprobarse, está mucho más cercano a la actividad del *orator* ciceroniano que a la del *interpres*, tal como lo evidencian las comedias de Nevio, Enio y, sobre todo, Plauto y Terencio. No obstante, en el prólogo de *Adelphoe* de Terencio hay unos versos, por lo

<sup>6</sup> En sentido estricto, durante la extensa etapa histórica aquí analizada no puede hablarse de «teoría de la traducción», sino de «reflexión traductora». Tal diferencia conceptual está convenientemente reflejada en el propio título del presente trabajo, con el fin de evitar equívocos innecesarios desde el primer momento.

<sup>7</sup> M. F. Rener, *Interpretatio. Language and translation from Cicero to Tytler*, Amsterdam 1989.

<sup>8</sup> Sobre las primeras traducciones del griego al latín, vid. A. Traina, 'Vortit barbare': *le traduzioni poetiche da Livio Andronico a Cicerone*, Roma 1974<sup>2</sup>; o B. Gentile, «Alcune osservazioni su teoria e prassi della traduzione nella cultura romana arcaica», *Lo spettacolo del mondo antico*, Roma-Bari 1976, 89-107. Un alcance más general tiene la obra de H. E. Richter, *Übersetzen und Übertragen in der römischen Literatur*, Diss., Coburg 1938; o J. Kaimio, *The Romans and the Greek language*, Helsinki 1976, 271-294.

común silenciados, en los que el autor, para defenderse de la acusación de copiar personajes y trozos de texto a comediógrafos latinos precedentes, afirma que él ha hecho la traducción literal de un pasaje de la comedia griega original. Lo reproduzco por su interés<sup>9</sup>: *Synapothnescontes Diphili comoedias: / eam Commorientis Plauti' fecit fabulam. / In Graeca adulescens est qui lenoni eripit / meretricem in prima fabula: eum Plautus locum / reliquit integrum, eum hic locum sumpsit sibi / in Adelphos, verbum de verbo expressum extulit*<sup>10</sup>. Así pues, parece evidente que Terencio no rechazaba en sus comedias la traducción literal, al menos ocasionalmente.

Una reflexión muy antigua, bastante extensa y más explícita que la citada de Terencio, sobre los problemas y las dificultades de la traducción, se encuentra en un libro del Antiguo Testamento; no en el original hebreo, sino en la traducción griega, es decir, en la llamada «versión de los Setenta», obra colectiva del judaísmo alejandrino. El libro en cuestión se sitúa cronológicamente algunos años después de la muerte de Terencio. Pero no voy a decir nada más por el momento, al menos hasta que salga a la luz el artículo de J. C. Santoyo en el que se da cuenta del citado texto<sup>11</sup>.

Es opinión muy extendida que los primeros testimonios sobre la traducción provienen de Cicerón, cuando escribe: *Nec conuerti ut interpres, sed ut orator, sentiis iisdem et earum formis tamquam figuris, uerbis ad nostram consuetudinem aptis. In quibus non uerbum pro uerbo necesse habui reddere, sed genus omne uerborum uimque seruauit*<sup>12</sup>. Y también es opinión igualmente extendida que Cicerón rechaza la traducción palabra por palabra o literal, sobre todo cuando dice: *Nec tamen exprimi uerbum e uerbo necesse erit, ut interpretes indiserti solent, cum sit uerbum*

<sup>9</sup> Ter., *Ad.* 6-11.

<sup>10</sup> »Hay una comedia de Difilo titulada *Synapothnescontes*: Plauto la convirtió en la comedia *Commorientes*. En la griega hay un joven que arrebató a una meretriz a un alcahuete en el primer acto; este personaje lo dejó sin tocar Plauto, [pero] nuestro autor se lo apropió para *Los hermanos*, traduciéndolo palabra por palabra» (traducción de A. López - A. Pociña, *Publio Terencio Afro. Comedias*, Madrid 1986, 150-151).

<sup>11</sup> J. C. Santoyo, «Del *scriptorium* a la *academia*. Acerca de cómo, dónde, cuándo y por qué la reflexión teórica se ha ido incorporando al quehacer traductor», que próximamente se publicará en la revista *Parallèles*, de la Universidad de Ginebra.

<sup>12</sup> Cic., *opt. gen.* 13-14: «Y no los vertí (los discursos de Esquines y Demóstenes) como traductor, sino como orador, con las mismas ideas y con sus formas a modo de figuras, pero con palabras acomodadas a nuestro uso. En éstos no consideré necesario volver palabra por palabra, sino que conservé todo el estilo y fuerza de las palabras».

*quod idem declaret magis usitatum. Equidem soleo etiam, quod uno Graeci, si aliter non possum, idem pluribus uerbis exponere*<sup>13</sup>. Pues bien, sólo sacando fuera de contexto estas y otras palabras ciceronianas<sup>14</sup> puede llegarse a tales conclusiones. En efecto, V. García Yebra ha demostrado convincentemente<sup>15</sup> que Cicerón menciona al *interpres* («traductor») únicamente para diferenciar la actividad propia de éste respecto a la del *orator*, cuya actividad refundidora era de una naturaleza muy distinta (y superior, según Cicerón) a la de aquél; de hecho, él nunca procedió como *interpres* (ni siquiera en las traducciones suyas de las que tenemos noticia), sino como *orator*. Cierto es que de las palabras de Cicerón puede deducirse indirectamente que con *interpres* se refería a lo que actualmente denominamos «traductor literal»; pero él no desapruueba el procedimiento del *interpres* o traductor<sup>16</sup>, que le parece aceptable para la versión de algunas piezas teatrales griegas, a la vez que inadecuado para poner al alcance de los romanos, como él pretendía y llevó a cabo, las doctrinas filosóficas griegas y las mejores obras de la elocuencia ática.

Por otra parte, Cicerón nunca pretendió dar ni dio normas para la actividad de los traductores; y, que sepamos, tampoco promovió un procedimiento intermedio entre su actividad refundidora, propia del *orator*, y la traducción palabra por palabra de los *interpretes* de su época. En definitiva, no hay datos objetivos que permitan considerar a Cicerón el primer preceptista de la traducción.

Con la misma contundencia rechaza V. García Yebra<sup>17</sup> la frecuente inclusión de Horacio entre los teóricos de la traducción por culpa del siguiente pasaje: *Publica materies priuati iuris erit, si / non circa uilem patulumque moraberis orbem, / nec uerbo uerbum curabis reddere fidus / interpres, nec desilies imitator in artum*<sup>18</sup>. En efecto, en estos versos

<sup>13</sup> Cic *fin.* 3,15: «Sin embargo, no será necesario que una palabra (latina) sea calco de una palabra (griega), como acostumbran a hacer los traductores carentes de elocuencia, mientras exista una palabra más usada que diga lo mismo. En efecto, también yo acostumbro a expresar con varias palabras, si no me es posible de otro modo, lo que los griegos con una sola.

<sup>14</sup> Entre otros muchos, tal es lo que ha hecho R. Klöpfer, *Die Theorie der literarischen Übersetzung*, Munich 1967, 22.

<sup>15</sup> V. García Yebra, «¿Cicerón y Horacio preceptistas de la traducción?», *CFC*, 16 (1979-80), 139-154.

<sup>16</sup> Vid. Cic., *fin.* 1, 4-5.

<sup>17</sup> V. García Yebra, *art. cit.*, 152-154.

<sup>18</sup> Hor., *ars* 131-134: «Un asunto del dominio público será de tu propiedad, si no te encierras en un círculo banal y abierto a todos y no tratas de reproducirlo palabra por palabra como fiel intérprete ni, como imitador, te metes en un atolladero».

Horacio no sólo no dice cómo debe proceder el *interpres*, sino que, de acuerdo con el contexto de los versos precedentes, tampoco defiende la traducción libre: simplemente aconseja de manera puntual a los poetas noveles que, cuando traten un tema tan conocido como el de la *Ilíada*, no lo reproduzcan con las mismas palabras de su fuente<sup>19</sup>.

Los testimonios de reflexión sobre la traducción, sobre la actividad del *interpres*, son igualmente mínimos en los dos o tres siglos siguientes. Así, Plinio el Joven aconseja la traducción como ejercicio de estilo, pero sus palabras se refieren a la actividad del *orator*. Lo mismo sucede en el caso de Quintiliano (cf. infra, nota 25). También en el de Aulo Gelio<sup>20</sup>. Y en el de Evagro, contemporáneo de san Jerónimo.

Todavía con mayor unanimidad que en el caso de Cicerón, suele considerarse fundador de la teoría de la traducción a san Jerónimo, que tradujo la *Biblia* al latín entre los años finales del s. IV y primeros del s. V. De hecho, es el patrono de los traductores<sup>21</sup>. San Jerónimo expuso sus opiniones sobre la traducción en numerosos prólogos y en varias cartas. La más importante de éstas es, sin duda alguna, la *Epistola ad Pammachium de optimo genere interpretandi*, carta fundacional de la traductología y primera poética de la traducción<sup>22</sup>. Se afirma con excesiva frecuencia que en esta carta san Jerónimo se declara a favor de la traducción según el sentido, cuando dice: *Ego enim non solum fateor sed libera uoce profiteor me in interpretatione Graecorum, absque scripturis sanctis, ubi et uerborum ordo mysterium est, non uerbum ex uerbo sed sensum exprimere de sensu*<sup>23</sup>. Pero es evidente que este texto,

<sup>19</sup> El primero que interpretó erróneamente las palabras de Horacio fue san Jerónimo en su *Epistola ad Pammachium*, 5. Y su interpretación se aceptó y transmitió de forma crítica durante muchos siglos. V. García Yebra dice algo al respecto en la n. 6 de su citado artículo.

<sup>20</sup> He aquí unas palabras suyas que avalan la afirmación: *Quando ex poematis Graecis uertendae imitandaeque sunt insignes sententiae, non semper aiunt entendum ut omnia omnino uerba in eum in quem dicta sunt modum uertamus. Perdunt enim gratiam pleraque, si quasi invita et recusantia uolentius transferantur. Scite ergo et considerate Vergilius, cum aut Homeri aut Hesiodi aut Apollonii aut Parthenii aut Callimachi aut Theocriti aut quorundam aliorum locos effingeret, partim reliquit, alia expressit* (Gell., *noctes Atticae* 9, 9, 1-3). Sobre la traducción en Aulo Gelio merece la pena citar el siguiente estudio (interesante porque recoge la cita de casi todos textos clásicos latinos referentes a la traducción): L. Gamberale, *La traduzione in Gellio*, Roma 1969.

<sup>21</sup> V. Larbaud, «Sous l' invocation de Saint Jérôme», *NRF*, París 1946, 7-56.

<sup>22</sup> Miguel Angel Vega, *op. cit.*, 23. Tal afirmación es excesiva, por cuanto que todo lo que san Jerónimo «teoriza» sobre la traducción no ocupa más de dos o tres páginas.

<sup>23</sup> Hier., *epist. Pammach.* 5: «Pues bien, no sólo reconozco sino que proclamo abiertamente sin restricciones que en la interpretación de los griegos, aunque no en las Sagradas Escrituras,

así como la propia actividad traductora de san Jerónimo<sup>24</sup>, defiende las dos opciones: para los textos literarios, la traducción según el sentido, es decir, la traducción que seguramente él no consideraba más que como un pretexto para la recreación, refundición o paráfrasis<sup>25</sup> (obsérvese que el vocablo que él usa es *interpretatio*); para los textos sacros, la traducción literal, donde hay que prestar atención incluso al orden de palabras.

San Jerónimo reflexiona sobre la traducción mucho más que Cicerón y demás predecesores. Pero en la historia general de la traducción sus opiniones, aunque novedosas, no suponen un cambio radical. Sabido es que la traducción es un concepto tan elástico, que uno de sus extremos, el de la traducción libre, puede rozar los límites de la imitación. Pues bien, san Jerónimo apenas se aparta, según creo, de la actitud ciceroniana sobre la traducción libre (la actividad del *orator*). Y, por otra parte, sus criterios sobre la traducción de los textos sacros se verán fuertemente contestados muchos siglos más tarde, en pleno Renacimiento.

Durante la E. Media hubo una gran actividad traductora, pues cristianizar equivalía a traducir. Buen ejemplo de ello son las numerosas traducciones medievales de la *Biblia*, que aquí no cabe citar<sup>26</sup>. La lista de traductores anteriores al s. X no es tan reducida como a veces se piensa: Martín de Braga, Boecio, Beda, el rey Alfredo, Rabano Mauro, Alcuino, Nokter, Cirilo y Metodio, etc., etc. También son anteriores al s. X algunas de las llamadas «escuelas de traductores»: la fundada por los nestorianos en Nisibis, la de Damasco y la de Bagdad<sup>27</sup>. De los siglos XII-XIII es la «Escuela de Traductores de Toledo», gran centro de transmisión de la cultura greco-árabe a la Europa Occidental cristiana gracias a la traducción «mediada», al que pertenecieron numerosos e

donde incluso el orden de palabras es un misterio, no traduzco palabra por palabra sino el sentido a partir del sentido».

<sup>24</sup> Me refiero principalmente a su traducción de la *Biblia*, muy distinta a la versión alejandrina del Antiguo Testamento o «versión de los Setenta» (comenzada a mediados del s. III a. C. bajo el reinado de Tolomeo II Filadelfo y finalizada dos siglos más tarde), criticada por san Jerónimo en su correspondencia con san Agustín.

<sup>25</sup> Este último término ya fue expresamente usado por Quintiliano, quien bosquejó claramente los perfiles de la versión más recomendable al orador (y, en general, al literato) en *inst.* 10,5,5: *Neque ego paraphrasin esse interpretationem tantum uolo, sed circa eosdem sensus certamen atque aemulationem*: «Y por mi parte sostengo que la paráfrasis no es mera traducción, sino competencia y emulación respecto a los mismos contenidos».

<sup>26</sup> Vid. V. García Yebra, *op. cit.*, 301 ss.

<sup>27</sup> Vid. M. Ballard, *De Ciceron à Benjamen. Traducteurs, traductions, reflexions*, Lille 1992

importantes traductores<sup>28</sup>; con su segundo período enlazan las traducciones surgidas en la corte de Alfonso X el Sabio. Los siglos finales de la E. Media todavía son más prolíficos en traducciones. Piénsese, para el caso de España, en la labor traductora de López de Ayala; o en Pérez de Guzmán, Enrique de Villena y Alfonso de Palencia, ya pertenecientes al prerrenacimiento.

Por contra, suele decirse que en la E. Media no hubo una teoría de la traducción o que son muy escasos los testimonios sobre la misma<sup>29</sup>. Tal afirmación, sin ser radicalmente falsa, debe matizarse adecuadamente. En efecto, los autores medievales que reflexionan sobre la traducción no son tan escasos como se pretende: cf. la carta de Maimónides a Ibn Tibon a favor de las traducciones basadas en lo más profundo del significado; los prólogos del rey Alfredo; el rechazo expreso de O. Bokenam a la traducción palabra por palabra; las opiniones, generalmente eclécticas, de J. de Trevisa; las constantes y sabrosas referencias de R. Bacon a la traducción en sus obras más importantes; las reflexiones de Dante en *Il Convivio*, contrarias a la traducción literal; la *Epistre sur le Roman de la Rose* de Christine de Pisa a su hijo (1365); el prefacio de N. Oresme a su traducción de las obras de Aristóteles (1370); la vulgarización metodológica defendida por Wicliff en su traducción de la *Biblia*, que le llevaría a la hoguera después de muerto; etc., etc. Todo esto y más espero que quede de manifiesto en la obra que pronto editará J. C. Santoyo, similar a la de M. A. Vega Cernuda, pero, como ya he dicho, referida exclusivamente a las épocas antigua y medieval.

Todavía más frecuente es leer que en la E. Media sólo o casi sólo se practicó la traducción palabra por palabra o literal. Es indudable, por ejemplo, que el literalismo de Boecio fue exacerbado, aunque no mucho más que el liberalismo de la «escuela de traductores» de Bagdad. Con todo, hay que admitir que en la época medieval predominó claramente la traducción literal. Pero por una razón fácilmente comprensible: la inmensa mayoría de los traductores medievales eran personas del clero,

<sup>28</sup> Domingo Gundisalvo, Juan Hispano, Herman de Carintia, Roberto de Chester, Gerardo de Cremona, Miguel Escoto, Herman el Alemán, etc.

<sup>29</sup> T. R. Steiner, *English translation theory: 1650-1800*, Amsterdam 1975, 7: «In the Middle Ages and the early Renaissance, there was no theory of translation, literary or any other kind». Esta rotunda afirmación no sólo es injusta con una época tan vilipendiada desde hace ya varios siglos, sino que además impide plantearse la pregunta clave para comprender los hechos en profundidad: ¿Por qué en la E. Media no abundan los testimonios sobre la teoría de la traducción?. A esta pregunta intentaré responder, aunque sólo sea indirectamente, en los párrafos que siguen.



acostumbradas a la incuestionable literalidad de los textos sacros, pues se aceptaba sin discusión lo que san Jerónimo había dejado sentado sobre la traducción de las Sagradas Escrituras. Pues bien, esa misma razón es precisamente la que explica la no excesiva abundancia de textos teóricos medievales sobre la traducción.

Pero en la E. Media también se hicieron «traducciones» literarias. La traducción de textos no sacros solía consistir en adaptarlos, resumirlos o desarrollarlos, transformarlos de acuerdo con los gustos de la época y lugar y, por supuesto, según la inspiración del «traductor». Así sucede frecuentemente con las vidas de santos y con los poemas épicos. G. Mounin cita, a este respecto, la *Cantilène de sainte Eulalie* (883) y el *Poema de saint Alexis* (1050), la *Chanson de Roland* y el *Roman de Renart*<sup>30</sup>. Pero los ejemplos se pueden multiplicar en diversos géneros literarios y sin necesidad de recurrir allende los Pirineos. Así, el *Poema de Mio Cid* se ha puesto en relación con la *Historia Roderici* y, sobre todo, con el *Carmen Campidoctoris*. Dentro del mester de juglaría, casi todas las obras de Gonzalo de Berceo son «traducciones» de obras latinas: cf. la *Vida de santo Domingo de Silos*, la *Vida de san Millán de la Cogolla*, la *Vida de santa Oria*, los *Milagros de Nuestra Señora* y demás obras «marianas», etc. Lo mismo se afirma del *Libro de Alexandre*<sup>31</sup>. Nuestra lírica primitiva «traduce» igualmente obras latinas o francesas: cf. los *Denuestos del agua y del vino* o la *Disputa del alma y del cuerpo*<sup>32</sup>. Otro tanto puede decirse del *Auto de los Reyes Magos*, nuestra primera obra teatral en castellano. He aquí un ejemplo práctico, paradigmático de lo que es una «traducción» literaria en la E. Media: el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita contiene una serie de estrofas (cuaderna vía) en las que alguno o algunos de sus versos son traducción del *Pamphilus de amore*, obra anónima mediolatina del s. XII<sup>33</sup>.

<sup>30</sup> G. Mounin, *Teoria e storia della traduzione*, Turín 1965, 33 y 39.

<sup>31</sup> E. Díez Echarri - J. M. Roca Franquesa, *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, Madrid 1966<sup>2</sup>, 46-50.

<sup>32</sup> Id., *ibid.*, 59. La última obra citada, por ejemplo, parece ser traducción del poema francés *Débat du corps et de l'âme*, que a su vez deriva del poema latina *Rixa animi et corporis*.

<sup>33</sup> L. Rubio - T. González Rolán, *Pánfilo o el arte de amar. Texto, introducción, traducción, aparato crítico y notas*, Barcelona 1977, 33-38. Recojo una de las «traducciones», en la que los tres primeros versos alejandrinos de la cuaderna vía corresponden claramente al dístico elegíaco del *Pamphilus*: *Noscere nonne potest hec si me diligit an non? / Vix celare potest intima cordis amor (Pamphilus, 505-506)* «Madre, ¿vos non podedes conocer ò asmar / si mē ama la dueña o no me quier amar? / Que quien amores tiene non los puede encelar: / en gestos o en sospiros o en color o en hablar» (Hita, estrofa nº 806).

Según esto, yo no veo excesivas diferencias entre la actividad refundidora del *orator* ciceroniano y las «traducciones» literarias de la E. Media, en las que traducir sigue siendo básicamente transferir el sentido de un texto de la lengua de origen a la lengua de término<sup>34</sup>. Así pues, en la E. Media todo sigue igual que antes: no hay un avance, pero tampoco un retroceso respecto a la época romana. La novedad más característica es la extraordinaria abundancia de traductores de índole religiosa, lo que posiblemente ha inducido a algunos estudiosos a pensar que en la E. Media la traducción literal fue la más practicada. Por lo demás, merece la pena subrayar que en la Baja Edad Media abundaron ya las voces abiertamente opuestas a la traducción palabra por palabra, como una premonición de lo que sucederá en el s. XVI.

Los términos *Humanismo* y *Renacimiento*<sup>35</sup> deben comprenderse como referidos a un período no bien determinado cronológicamente, pues su comienzo y final difieren de unos países europeos a otros, ni siquiera coinciden a veces en las diferentes regiones de un mismo país. Así, el Renacimiento italiano es muy anterior al español; de la misma manera, el catalano-aragonés precede al castellano. Sucede como con el término Siglo de Oro<sup>36</sup>. Pero lo mismo si se entienden en su sentido cronológico más amplio o en otro más restringido, lo importante para la teoría de la traducción es que se observan dos grandes etapas: la primera etapa renacentista de la traducción comprende hasta la Reforma, momento en el que se inicia la segunda etapa, que puede hacerse llegar hasta finales del s. XVII o incluso el s. XVIII.

Los humanistas, en una *primera etapa renacentista de la traducción*, consideraron prioritario traducir las obras literarias griegas al latín, conscientes del general desconocimiento de la lengua griega a pesar de la importancia cultural de la antigua Grecia. Para ellos las traducciones eran la escuela del estilo, es decir, obras importantes por sí mismas.

<sup>34</sup> La actitud de los autores medievales apenas cambia cuando la lengua de término es el latín, hecho que puede observarse en la *Historia destructionis Troiae* de Guido delle Colonne respecto al *Roman de Troie* de Benoît de Sainte-Maure. Vid. M. A. Marcos Casquero, «El tema troiano en la Edad Media. Guido delle Colonne, ¿traductor de Benoît de Sainte Maure?», *Estudios Humanísticos* (Filología), 15 (1993), 79-99.

<sup>35</sup> Para su comprensión y diferenciación, vid. A. Fontán, *Humanismo romano*, Barcelona 1974; L. Gil Fernández, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid 1981; M. Batllori, *Humanismo y Renacimiento. Estudios hispano-europeos*, Barcelona 1987.

<sup>36</sup> J. C. Santoyo, «Aspectos de la reflexión traductora en el Siglo de Oro español», *Muratori di Babele* (ed. M<sup>a</sup> Grazia Profeti), Milán 1989, 263-273 (concretamente 263-264).

Hasta tal punto esto es así, que durante el Renacimiento la traducción se incluyó con muchísima frecuencia entre los géneros literarios. Dicho en otros términos y brevemente: los primeros humanistas apenas distinguían entre «traducción» e «imitación», lo que en el fondo implica que no se apartan de la línea iniciada en Cicerón, quien ya distinguió claramente la actividad del *orator* de la del mero *interpres*. Aún más: los primeros humanistas, aunque defienden la traducción *ad sensum*, no atacan abiertamente la traducción *uerbum e(x) uerbo*, pues hacerlo les hubiese acarreado graves perjuicios personales.

Es en este contexto en el que hay que situar el tratado *De interpretatione recta*, escrito por el humanista italiano Leonardo Bruni hacia 1420. No se puede negar que esta obra, si se exceptúa la carta de san Jerónimo a Pammaquio, es el primer tratado sobre la traducción. En él Bruni efectúa un extenso análisis de los métodos de la imitación estilística a la vez que subraya la importancia del ritmo y de la estructura oracional; es decir, atiende a la traducción literaria, no a la traducción en general ni, por supuesto, a la traducción de los textos sacros. Y esto es así a pesar de que Bruni es el primero que usa el verbo *traducere*.

Los puntos básicos de la teoría de Bruni sobre la traducción son tres, que él expone en el primer capítulo de su obra<sup>37</sup>: 1) Toda traducción correcta implica un gran dominio de la lengua de origen, que ha de basarse en la constante lectura de sus obras literarias, sin la que es imposible comprender la esencia y significado de las palabras ni las locuciones metafóricas, y de la lengua de término, que debe dominarse tanto léxicamente como en su lenguaje corriente y figuras del habla. 2) La traducción correcta implica que se preste atención al estilo literario de la lengua de origen, para lo que el traductor ha de tener buen oído a fin de captar y no alterar lo que se ha dicho con elegancia y ritmo. 3) Por difícil que sea, es imprescindible traducir bien lo que el autor original ha escrito con ritmo (=conservación de los miembros de frase, miembros de período y períodos) y con ornato literario (conservación de las figuras de dicción y de pensamiento), pues de lo contrario la grandeza de la obra literaria original se pierde en la traducción.

Pero Bruni apenas innova respecto a sus predecesores, excepto que llama unilateralmente «traducción» a lo que en Cicerón era refundición

<sup>37</sup> El *De interpretatione recta* de Bruni consta de un prólogo y tres capítulos, de los que el último sólo está enunciado.

o imitación o, en términos de Quintiliano, paráfrasis. Y tampoco aporta soluciones realmente válidas para la traducción literaria, pues, al fundamentarlas en la unidad cultural de Grecia y Roma, niega algo tan evidente hoy como la individualidad de las lenguas. No obstante, el tratado *De interpretatione recta* supone un gran avance, entre otras razones porque Bruni es el primero que plantea la problemática de la traducción de manera independiente y no como una cuestión meramente subordinada a la gramática<sup>38</sup>

En los siglos XV y XVI eran muy escasas las personas cultas que conocían el griego, y todavía menos las que sabían algo de árabe o hebreo. Tampoco eran muchas las que dominaban el latín. Por ello, rápidamente se inició lo que podemos denominar *segunda etapa renacentista de la traducción*, en la que las traducciones se efectuaban preferentemente de las lenguas clásicas a las vernáculas, ya a punto de lograr su definitiva mayoría de edad. Este cambio se vio acelerado por la difusión de la imprenta, que empezó a multiplicar el número de lectores. Como es lógico, el prestigio de la cultura y tradición clásicas provocó inicialmente que las lenguas de origen (el griego y el latín, sobre todo) ejerciesen una enorme y ascendente presión sobre las lenguas de término (español, francés, inglés, alemán, etc.), en el sentido de que la traducción de las obras clásicas influía decisivamente en la formación de las nuevas lenguas. Pero esa misma presión también provocó un cierto instinto de rechazo a las lenguas clásicas, cuya consecuencia fueron los *nacionalismos lingüísticos*, es decir, el rápido desarrollo de las lenguas nacionales, reconocidas pronto como medios de comunicación del pensamiento tan nobles como aquéllas.

Los nacionalismos lingüísticos se hallan en estrecha conexión con la Reforma, con las diversas corrientes de la Reforma, que consideran necesario traducir las Sagradas Escrituras a las lenguas vernáculas, pero no según la versión literal. En mi opinión, nacionalismo lingüístico y Reforma, Reforma y nacionalismo lingüístico, son los dos ingredientes básicos y complementarios que provocaron un cambio radical en la actitud traductora y, desde luego, muchísimo más importante que el asignado a Bruni o, incluso, a san Jerónimo.

<sup>38</sup> La mayor parte de las ideas aquí expuestas sobre el tratado de Bruni las he desarrollado más ampliamente en «La traducción literaria según Leonardo Bruni», *La Recepción de las Artes Clásicas en el siglo XVI*, Cáceres 1996, 377-384.

El máximo exponente de las nuevas tendencias fue Lutero, padre del alemán moderno, quien en su traducción de la *Biblia*, la primera en alemán hecha directamente del griego y del hebreo<sup>39</sup>, puso de manifiesto la dimensión política y religiosa de la traducción. Lutero expuso sus teorías sobre ésta en *Sendbrief vom Dolmetschen* (1530)<sup>40</sup>, carta circular en la que sostiene que en la traducción es preciso comprender el sentido íntimo del texto. En esta carta, cargada de doctrina religiosa, Lutero rechaza la latinización del alemán, defiende explícita y constantemente la primacía expresiva del alemán frente al latín, griego y hebreo; y a la vez justifica la traducción *ad sensum*, se opone a los defensores de la traducción *uerbum ex uerbo*, a los que llama asnos y literalistas. No obstante, acepta que el traductor debe buscar la fidelidad, por lo que ocasionalmente prefiere la traducción literal. Aquí es donde enlaza con san Jerónimo, al que Lutero admira, pero del que le aparta un hecho esencial: mientras que el latín de san Jerónimo era el de la gente culta de su tiempo, un latín ya ahormado por una tradición de varios siglos, el alemán que usa Lutero es el alemán del hombre común del mercado, un alemán todavía informe y carente de tradición<sup>41</sup>. Lutero también justificó su liberalismo traductor en otros escritos, de los que el más importante es el titulado *Summarium über die Psalmen und Ursachen des Dolmetschens* (1531-1533). Poco después, en 1535, los calvinistas de Ginebra adoptan una actitud similar al traducir la *Biblia* al francés.

En la Inglaterra de Enrique VIII el reformador W. Tyndale también tradujo la *Biblia* al inglés, hecho que en el Continente le llevaría a la hoguera sólo cuatro años después de la dura respuesta de Tomás Moro en *Confutation o Tyndale's answer* (1532). El reinado de Isabel I significó el inicio de una furia traductora que se alimentó sobre todo de las fuentes clásicas greco-latinas. Toda traducción incluía su previa justificación en el correspondiente prefacio, donde el rechazo a la traducción literal se basaba a menudo en el distinto «genio» de las lenguas, argumento lógico entre los alemanes e ingleses. Así, Chapman se oponía al

<sup>39</sup> Su traducción del Nuevo Testamento vio la luz en 1522, en tanto que la de los libros del Nuevo Testamento se fue publicando entre 1522 y 1533. Para llevar a cabo tan magna empresa contó con la colaboración de Melachthon y Aurogallus principalmente.

<sup>40</sup> Para una versión moderna de esta obra, vid. *Das Problem des Uebersetzens* (dir. H. J. Störig), Stuttgart 1963, 14-32.

<sup>41</sup> V. García Yebra, «Lutero, traductor y teórico de la traducción», *Arbor*, 399 (1979), 323-334.

literalismo con tanta o mayor contundencia que Lutero. Y en 1611 nacería el inglés moderno con la traducción bíblica denominada *The King James version* o *The authorized version*<sup>42</sup>.

Como puede observarse, las guerras de religión llevaron aparejada una guerra de la traducción, sobre todo desde el momento en que la Iglesia Católica estableció en el concilio de Trento (1545-1567) que la Vulgata era la única versión auténtica y válida de las Sagradas Escrituras.

Como producto de toda esta situación, se multiplican las reflexiones sobre la traducción. En Francia aparece en 1540, sólo diez años después del *Sendbrief* luterano, una de las más célebres poéticas de la traducción: *La manière de bien traduire d' une langue en aultre* de E. Dolet, quien establece unas reglas sobre el arte de bien traducir vigentes en su mayor parte y, por supuesto, contrarias a la traducción literal; en 1548 Th. Sebillet sitúa la traducción entre los géneros literarios; al año siguiente Du Bellay dedica a la traducción tres capítulos de su obra *Deffence et illustration de la langue française*; etc. En términos generales<sup>43</sup>, en Francia se defiende el respeto al francés con tanto o más ahinco que en Alemania, pues lo consideran amenazado por el prestigio del latín a través de las traducciones literales<sup>44</sup>.

Poco después que Lutero en Alemania y antes que Dolet en Francia, en España Luis Vives dedica expresamente a la traducción un importante capítulo de su obra *Rhetorica siue de recte dicendi ratione*, donde defiende la traducción libre frente a la literal y a la mixta<sup>45</sup>. A mediados del s. XVI A. Llull sigue muy de cerca las opiniones de Luis Vives, aunque simplificándolas. Unos años más tarde, el Brocense exige traducir las palabras al mismo tiempo que atenderse al sentido del texto original<sup>46</sup>.

<sup>42</sup> W. Russell Bowie, «History of English Bible», *Encyclopedia American*, t. III, 671e, col. a.

<sup>43</sup> No en términos absolutos, pues Amyot, entre otros, defendió la literalidad hasta sus últimas consecuencias en su traducción de las *Vidas paralelas* de Plutarco.

<sup>44</sup> Posiblemente fuese Francia el país donde se hizo un mayor uso político de la lengua y de la traducción. Así lo da a entender E. Cary con una frase certera en su obra *Les grands traducteurs français*, Ginebra 1963, 7: «La traduction était devenue une affaire d' État et une affaire de religion».

<sup>45</sup> I. Calero, «Sobre la teoría de la traducción de Luis Vives», *Homenatge a José Esteve Forriol*, Valencia 1990, 39-46.

<sup>46</sup> C. Chaparro Gómez, «Traducción y humanismo», *Mnemosynum C. Codoñer a discipulis oblatum* (ed. A. Ramos Guerreira), Salamanca 1991, 45-54, donde aborda la teoría sobre la traducción en Vives, Llull y el Brocense.

Jáuregui, López Cuesta, Simón Abril, etc., en los prólogos justificativos de sus traducciones, que eran una exigencia de la época tanto como una costumbre que seguirá vigente todavía en el s. XIX, también ponen de manifiesto su rechazo a la traducción literal. Sólo Fray Luis de León la defiende en el prólogo a su traducción del *Cantar de los Cantares*, lo que no impidió su encarcelamiento por contradecir a san Jerónimo<sup>47</sup>.

Desde los primeros decenios del s. XVII la historia de la traducción está marcada por la afirmación del gusto francés, que hasta el s. XVIII impuso, tanto por cuestiones de política lingüística como por especiales razones estéticas, el tipo de traducción denominado «las bellas infieles»<sup>48</sup>. La tradicional sobrevaloración del griego y del latín, lenguas que se consideraban perfectas por estar más cerca de los orígenes del mundo, se ve ahora totalmente dominada<sup>49</sup> por el convencimiento de que las lenguas nacionales han alcanzado la perfección de la corrección y del gusto. La consiguiente «querrela de los antiguos y de los modernos» se produjo también en el terreno de la traducción, que provocó el afrancesamiento de los clásicos. En las traducciones se perseguía mejorar los originales adaptándolos a los gustos literarios de la época, aunque ello supusiese modificar el sentido y el significado originales; el criterio libertario se llevó al extremo de que las costumbres antiguas se adaptaban a las del s. XVII<sup>50</sup>. Hasta Mme. Dacier, partidaria de la literalidad, admite algunas vulgaridades en su traducción de Homero<sup>51</sup>. En pocas palabras: el objetivo de los traductores era situar el texto de origen totalmente en el país y lengua de término. De ahí la denominación «belles infidèles» aplicada por Menage a las traducciones de Pierre d' Ablancourt<sup>52</sup>, que en el fondo no suponen, respecto al s. XVI, más que una huida hacia adelante.

En efecto, a mediados del s. XVII los traductólogos alemanes continúan la línea del *Sendbrief* luterano, el nacionalismo lingüístico; el más

<sup>47</sup> Miguel Angel Vega (ed.), *op. cit.*, 32-33.

<sup>48</sup> R. Zuber, *Les belles infidèles et la formation du goût classique*, París 1968.

<sup>49</sup> Dominada pero no suplantada, pues en realidad la vieja hipótesis llegará, con mayor o menor éxito, hasta finales del s. XIX.

<sup>50</sup> He de subrayar que tales adaptaciones no son totalmente nuevas, aunque nunca habían sido tan libres. Cf. M. A. Marcos Casquero, *art. cit.*

<sup>51</sup> Vid. G. Mounin, *op. cit.*, 48.

<sup>52</sup> E. Cary, *op. cit.*, 29: «Elles me rappellent une femme que j' ai beaucoup aimé à Tours, et qui était belle mais infidèle».

importante de ellos, Schottelius, no admitía en 1640 que la traducción forzase la lengua de destino, para lo que se fundamenta en el propio proceder de los latinos con los griegos<sup>53</sup>. En el ambiente liberal de Leiden, el humanista Salmasio, hugotón de origen francés, arremete cortésmente contra los literalistas<sup>54</sup>, con lo que se sitúa en la postura traductora iniciada por Lutero y continuada por Schottelius. Por su parte, el francés P. D. Huet publicó en dos libros su magna obra *De interpretatione*, de los que el primero, titulado *De optimo genere interpretandi* (1680), insiste en que la traducción es un instrumento para el aprendizaje de las lenguas y para la formación del estilo<sup>55</sup>. En Inglaterra el poeta, dramaturgo y traductor J. Dryden, más conciliador, distinguía en 1692 la metáfrasis o traducción palabra por palabra, la paráfrasis o traducción *ad sensum* y la imitación o abandono del texto por el autor, afirmando que él persigue una traducción a medio camino entre la metáfrasis y la paráfrasis.

Con esto llego al s. XVIII, muy fecundo en traducciones y reflexiones traductológicas, pero en el que no voy a entrar. Sólo deseo apuntar que durante este siglo eminentemente racionalista se volverá, después de un tiempo, al literalismo traductor, aunque muy distinto al de épocas anteriores. De todos modos, las opiniones sobre la traducción no sufrirán un giro radical más que a partir de A. F. Tytler y, poco después, F. Schleiermacher<sup>56</sup> y W. Humboldt.

\* \* \*

En las páginas precedentes se ha expuesto esquemáticamente la historia de la reflexión traductora desde los inicios de la literatura latina

<sup>53</sup> La obra de Schottelius, *Ausführliche Arbeit von der Teutschen Haupt Sprache (sic)*, ha sido reeditada por W. Hecht, Tübingen 1967. El capítulo más importante sobre la traducción es el titulado «Wie man recht verdeutschen soll».

<sup>54</sup> Claudii Salmasii, *De Hellenistica Commentarius, controuersiam De Lingua Hellenistica decidens, et plenissime pertractans Originem et Dialectos Graecae Linguae*, Lugd. Batav. 1643, 113 ss.

<sup>55</sup> El segundo libro de su obra Huet lo titula *De claris interpretibus*, que es la más antigua historia de la traducción de la que tenemos noticia.

<sup>56</sup> A. F. Tytler publicó en 1790 *On the principles of translation*, el primer tratado que examina la actividad traductora por sí misma y en sí misma sobre bases más científicas y modernas. Algunos años más tarde, ya en 1813, aparece *Über die verschiedenen Methoden des Übersetzens* de F. Schleiermacher, que es otro texto importantísimo para la teoría de la traducción. Tampoco se debe olvidar aquí el prólogo de W. Humboldt a su edición del *Agamenón* de Esquilo, prólogo considerado por algunos como la carta magna de la traducción.



hasta el s. XVIII. Podemos preguntarnos: ¿Se produjo, en el transcurso de un período tan vasto de tiempo, un avance manifiesto e indiscutible, una revolución, en la teoría de la traducción?

Sabido es que en el análisis histórico de cualquier actividad humana, sea la geometría, la lingüística, la traducción, etc., pueden distinguirse siempre unos aspectos esenciales y otros adyacentes, siendo aquéllos los que determinan si ha habido un avance incontestable, una ruptura. Pues bien, yo no observo, desde Cicerón hasta el s. XVIII, cambios esenciales que afecten intrínsecamente a la teoría de la traducción, tal como ésta se entiende hoy. Evidentemente, en determinados momentos se advierten actitudes nuevas, pero que de ningún modo implican una revolución conceptual y metodológica en el saber traductológico.

En efecto, la distinción ciceroniana entre la actividad del *interpres* o traductor literal, carente o no necesitado de elocuencia, y la del *orator*, que es un recreador o refundidor, persistió durante siglos y siglos. Y que Cicerón procediese como *orator* significa que él consideraba superior dicha actividad, pero no que se opusiese a la del *interpres*. San Jerónimo acepta la distinción ciceroniana, a la que añade una precisión novedosa, explicable por razones religiosas: él defiende la traducción literal para los textos sagrados. La E. Media sigue aplicando a rajatabla la distinción ciceroniana con el matiz añadido por san Jerónimo; cierto es que las «traducciones» literarias del Medievo raras veces alcanzan una gran calidad, pero ése es otro discurso. Los primeros humanistas, por el contrario, se aplican exclusivamente a la traducción literaria, en definitiva, a la actividad del *orator* ciceroniano; y aunque obvian y rechazan el literalismo, se cuidan mucho de no atacar abiertamente la traducción de las Sagradas Escrituras. A finales del primer tercio del s. XVI Lutero provocó un cambio importante en la actividad traductora, al defender la traducción *ad sensum* y rechazar la traducción literal para los textos sagrados. Sin duda, la Reforma y los nacionalismos lingüísticos suscitaron una furia traductora y un aumento de los tratados sobre la traducción; pero eso no significa que la teoría sobre la traducción cambiase en lo fundamental. Buena prueba de ello es que Sebillet consideraba la traducción un género literario. El s. XVII es el siglo de las «bellas infieles», que sólo implica, en comparación con el siglo precedente, una huida hacia adelante. A este respecto, recuérdese que Schottelius fundamenta sus opiniones sobre la traducción en el proceder de los latinos con respecto a los griegos,

es decir, en la tan aludida distinción ciceroniana. Por último, el racionalismo del s. XVIII acarrió una vuelta al literalismo.

Como ya he dicho, en el transcurso de tantos siglos forzosamente tuvieron que producirse actitudes nuevas. San Jerónimo, el intento de Bruni (pues su método no deja de ser un simple intento, por más que sus repercusiones literarias fuesen extraordinariamente positivas), Lutero, Dolet, Vives, Huet son ejemplos palpables. Pero sus opiniones no afectaron a los aspectos esenciales de la teoría de la traducción.

Ya sé que puede resultar inaceptable el parecer de que el Renacimiento no supuso un cambio esencial en la teoría de la traducción. Pero así es, a pesar de que, según creo, con los humanistas empieza a prevalecer la distinción de dos tipos de traducción, la literaria y la literal, al margen de toda consideración religiosa. No obstante, faltan análisis profundos y avances revolucionarios. Así, la idea medieval de la supremacía de las lenguas antiguas, basada en la hipótesis religiosa de que las lenguas son tanto más perfectas cuanto más se acercan a los orígenes del mundo, no sólo persistió durante el Renacimiento, sino que se activó en gran medida.

En conclusión, desde la antigüedad romana hasta el s. XVIII los avances en la campo de la traductología fueron tan pocos, que bien puede considerarse tan largo período de tiempo como la «etapa arcaica de la teoría de la traducción». La situación empezará a cambiar de manera sustancial sólo a partir de los estudios de Tytler, Humboldt y Schleiermacher.